

La Procesión de Alabanzas de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder Por Manu Lamprea Ramírez



Nunca dos palabras, adjetivo y sustantivo, encerraron la raíz de toda una identidad colectiva, de un todo humano que se reviste de astillas y espinas. Nunca un sintagma reunió tantas sinceridades entregadas, tantas disposiciones en común por un único motivo: saberse herederos de un todo que seremos siempre. La fe alberga la virtud de las igualdades generacionales: deteniéndonos en los ojos del Gran Poder un siglo nos parece un instante, porque en ese fotograma suspendido en el aire se nos aparece toda nuestra vida.

La procesión extraordinaria de alabanzas del Señor, más allá de suponer un colofón extraordinario a un año sin precedentes y cargado de simbología misionera, se irguió como una ocasión de corresponder justamente para con el pueblo de Camas la devoción insobornable profesada durante cien años. La Uva, puerta tartésica de remotísimas alturas, Caño Ronco y su personalidad de barrio viejo y autogobierno emocional, los bloques de Balcón donde viven aún nuestros abuelos y resuenan las tardes de columpios y mosto, la Fuente que levantó don Luis en la sencillez eterna de los sueños imposibles, la tan cofradiera calle Ángel donde doblamos las esquinas de tantas Semanas Santas... Y, por supuesto, el Señor del Gran Poder hilando y trazando estampas impensables, con esas palmas calientes y verdosas sobre la piel de los leños, desplegando con sus ojos almendrados un silencio que solo responde a más silencio. Porque en él, y siempre en silencio, depositamos nuestras culpas y pesares, nuestros más íntimos pensamientos y las más irrevocables desdichas. Nuestras cruces, en suma.



Nadie faltó a la cita. Desde primera hora de la tarde, bajo un sol abrasador de otoñales Jueves Santos, hasta la altísima madrugada donde los cerrojos de las persianas abrochan sus cuerpos al cierre de la comitiva. No hace falta más literatura: fue una procesión preciosa, cargada de simbología y significados, por el pueblo y para el pueblo. Una procesión que encarnó lo que tratados y dogmas se afanan en definir: la religiosidad y piedad populares. Los pasillos abiertos y las mesas abundantes, las orillas de las calles salpicadas de enneas, los más o menos creyentes, los más o menos incrédulos, con sus padres y sus hijos esperando un tiempo que les alcanza, los muchachos de Santa María de la Esperanza vestidos de Jueves Santo, una rosa recién cortada, una niña que juega con pétalos y con su inocencia a cuestas... Y todo ello con el valor de lo natural, de lo no impostado, de lo no forzado. De lo que verdaderamente existe y se vuelve materia.

Atractivos que, en una capital en ocasiones sobrepasada por la coreografía y el rechazo a la improvisación natural del ser humano, calaron en las decenas de cofrades que durante las casi doce horas de procesión acompañaron a nuestro Gran Poder en una jornada irrepetible. Porque la provincia abriga tesoros que nos enseñan y ofrecen diferentes perspectivas y riquezas, con el trabajo callado y heredado de tiempos complejos en que la imaginación y el esfuerzo eran las únicas herramientas para mantener vivas nuestra fe y nuestra felicidad. Todo mereció la pena y todo el pueblo respondió, como movilizado por una fuerza primitiva que nos libera y nos reconcilia. Y en aquella estrechez, en aquella vuelta que bien valió un imperio de tan cadenciosa e interminable, me sentí otra vez hijo de aquel Gran Poder que arropó mis primeros pasos como cristiano y como cofrade. Ante él me bautizaron, ante él y la Virgen de los Dolores me vistieron de monaguillo y con su rostro labrado en plata me anudé al cuello mi primera medalla. Aún la conservo sobre la pared o en algún cajón, como el rescoldo y la ceniza gris de un tiempo que quizás jamás regrese. Pero aquellas ascuas que creía adormecidas en la llanura de la infancia se avivaron una noche de septiembre. Habían pasado veinte años -que no son nada- desde el último Jueves Santo. En las partituras de Arahal se leía Alma Mater. Eso es. En lo originario, en lo proverbial, en lo que nos definió cuando siquiera atendíamos a razones y a consciencias, subyace lo



que quedará de nosotros cuando todo se acabe: una medalla, una túnica, un recuerdo que se nos diluye en el tiempo y en la memoria.

Manuel Lamprea Ramírez. 7-10-2023

